

Una Isla de Carnaval

Por: **Juan José Laforet.**

El Carnaval, siempre envuelto en el misterio de lo espontáneo y lo popular, aferrado al sentir íntimo, a la nostalgia y al presente, a la fascinación por la máscara ignota, en la que se reflejan todos los rostros de nuestras fantasías, quimeras y deseos, erigido como ceremonia anónima que brota en el seno de los pueblos, sin admitir mediador alguno, llega un año más a Gran Canaria, poco a poco, dejándose esperar, sentir y querer, animándose conforme se acercan los días grande de estas fiestas, que hoy como en siglos pasados se "...prologaban los más que podían", según afirma el cronista Domingo J. Navarro en sus afamados "Recuerdos...", pues los grancanarios "...esperaban siempre ansiosos la temporada del carnaval ...", en las que las diversiones "...se iniciaban con comparsas de escogidos disfraces que visitaban las tertulias, donde reinaba la broma y bailaban con los tertuliantes a pesar de la careta".

Ahora, como canta la polka carnalera, "ya vienen los Carnavales, por la punta de la Isleta, el que no tenga pañuelo, que se ponga una pañoleta", y se encuentran unos festejos grandes, luminosos, que se extienden en el tiempo, en el espacio y en lo galano por toda Gran Canaria, con gentes dispuestas a la diversión, a compartir alegrías y a disfrutar masivamente de cuantos eventos se organizan, sin olvidar, y reclamar en mas de una ocasión, que el Carnaval es sobre todo expresión de espontaneidad, sentimiento de un pueblo que hace de estas fiestas una contribución indiscutible a su acervo cultural más propio y auténtico. Y nadie duda, y nos alegra que así sea, que nos llegó en el pasado y nos ha llegado en la actualidad por La Isleta, ese querido barrio portuense, marinero, playero, comercial, industrial, por donde tantas cosas llegaron siempre a la Isla: la historia, el encuentro con otras culturas y civilizaciones, y hasta hechos de armas graves, que por allí nos dieron la lata piratas y armadas como las de Drake ó Van der Doez (que ahora podían ser, con sus trajes y atavíos del siglo XVI, una sugerente propuesta para un tema carnalero).

Hoy Gran Canaria cuenta con un Carnaval perfectamente arraigado y asentado en toda su geografía, en cuya celebración se aúnan los grandes espectáculos de escenarios fastuosos, las propuestas más novedosas como las galas "Drag Queens" o los concursos de "Cuerpos Pintados", la siempre esperada participación, sustancialmente crítica-jocosa, de las murgas, sin olvidar la presencia creciente de comparsas y cuerpos de baile de gran categoría y destreza artística, ó la brillantez masiva de las cabalgatas que recorren las calles de muchas de las principales poblaciones grancanarias, con las tradiciones más propias de la isla, que surgen de la expresión popular, de gustos y recuerdos heredados generación tras generación, pese a que haya habido épocas en las que estos festejos desaparecieran oficial ó formalmente, pero no en la raíz de los sentires de un pueblo que siempre los mantuvo vivos de una u otra forma. Una vivencia honda, muy sentida en la propia intimidad familiar, que encuentra un reflejo muy exacto en las palabras de la poetisa y escritora Josefina de la Torre cuando recordaba el

Carnaval de su infancia: “Cuando el carnaval se acercaba, todos vivíamos en un continuo repasar los días: uno, dos, tres, cuatro, hasta el día señalado. Nos hablábamos en silencio, misteriosamente. Ya en la víspera, nos mirábamos temblorosos, deseando gritar, dar saltos, pero recogidos en el deseo”.

Este brillante Carnaval que hoy señala a Gran Canaria, ante los ojos del mundo entero, como una Isla de Carnavales señeros que vale la pena vivir y compartir (aunque aún hay mucho que corregir, que mejorar, que añadir o que quitar; como en toda obra humana), no es algo nuevo, un invento de ayer para hoy, sino que se asienta en una hermosa tradición que recorre casi al completo los cinco últimos siglos de la historia insular, desde aquel siglo XVI en el que el carnaval italianizante y sus formas nos llegaron a través de las familias de aquel país asentadas aquí. Será en fechas tan tempranas para nuestra historia como la de 1574, según han recogido autores como Néstor Álamo ó la investigadora e historiadora Aurina Rodríguez, cuando se tengan ya referencias, a través de documentos como los de la Inquisición, de fiestas carnavalesas, como el baile de máscaras y disfraces que se celebró con motivo de festejar el matrimonio de Matías Cairasco, con concurrencia masiva que se tornó en trifulca con espadas desenvainadas. Con este propósito el escritor Orlando Hernández señaló que “fue la primera noche de un Carnaval con memoria para siempre, mientras en la monacal Vegueta, las serpientes de los disfraces parecían retazos de estrellas, perdiéndose en la salmuera gloriosa de las callejuelas. El Carnaval había nacido para siempre en Gran Canaria”.

Luego siglo tras siglo, siempre influenciado por los ciclos económicos, las modas y gustos propios e importados y hasta por los acontecimientos políticos, el Carnaval grancanario atravesó muy diferentes etapas, aunque se mantuvo siempre vivo y activo en su raíz popular, como aseveran textos de historiadores, cronistas y memorialistas como José de Viera y Clavijo, Romero Ceballos, Lope Antonio de la Guerra, Antonio Betancourt ó Domingo J. Navarro entre otros muchos de los siglos XVIII y XIX. De los salones y saraos del XVII y XVIII, sin olvidar los grandes festejos con juegos de toros y caballos, carrozas y mascaradas, luminarias y bailes que fueron famosos en la Plaza de Santa Ana y sus aledaños, o la introducción de elementos que luego fueron propios del Carnaval, entre ellos los “gigantes y cabezudos”, a través de festividades como la del Corpus donde estos monigotes tenían lugar señalado junto a la “tarasca” del bien y del mal. Ya a mitad del XIX el Carnaval cobra un nuevo esplendor en las calles de Las Palmas de Gran Canaria, que se mantiene hasta que son suspendidos estos festejos a partir de 1937; de todas aquellas celebraciones y vivencias carnavalesas, que tuvieron un enorme reflejo en la prensa de la época, como el inserto publicitario dado por el periódico “La Correspondencia” el 31 de enero de 1880, que decía: “Anuncio carnavalesco/ que es al paladar muy grato :/ ¡a lo bueno! ¡a lo barato! ¡a lo rico y a lo fresco!/ Ya llegan los Carnavales,/ y el que quiera ser feliz/ y a la espalda echar sus males,/ venga con algunos reales/ al almacén de El País”, retomaría las célebres “batallas de flores”, que tanto señalaron al Carnaval grancanario e incluso se organizó una, en plena Cuaresma, para que el jovencísimo Rey Alfonso XIII pudiera conocerlas en directo con motivo de su visita a la Isla en 1906, y que hoy, tomado las precauciones necesarias para que no se repitieran los motivos por las que fueron

suspendidas, deberían recuperarse como uno de los actos mas propios y singulares del Carnaval grancanario.

Pero ayer, hoy y siempre, el carnaval será algo espontáneo, propio de cada uno, de su familia, de su círculo de amistades, de su barrio, donde surja la sábana y el disfraz de elaboración propia, las tortitas de carnaval y las pandas de música disfrazadas que recorren las calles y pueblos solicitando huevos para su fabricación, el: “ ¿me conoces mascarita?”, donde se entone la vieja copla popular, parodia de un conocido villancico, que recordara el Alcalde y escritor Juan Rodríguez Doreste en su pregón carnalero de 1982, en la que se señala cada año como “El Carnaval se nos viene, / el Carnaval se nos va, / el que viste de máscara / contento se quedará”, pues todo ello contribuye a resaltar la honda inserción que el Carnaval tiene en los usos, costumbres e inquietudes de los grancanarios, modo de ser y de sentir que siempre ha sido y es contagioso para cuantos visitan esta Isla.